

745
9

D9 427

T1538

v.3



**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp. — VALENCIA

VIAJE POR ITALIA

VENECIA

20 de Abril

El camino de hierro entre las lagunas, y de pronto todo el paisaje toma un aspecto y un color extraños; nada de hierbas ni de árboles; todo es mar y arena. Hasta perderse de vista emergen los bancos, bajos y planos, algunos semilavados por las aguas. Un ligero viento riza los aguazales que brillan á la luz, y pequeñas ondulaciones vienen á morir á cada instante sobre la espesa arena. El sol, ya en su ocaso, les presta tintas purpúreas que hacen destacarse á las olas, tan pronto ensombrecidas como convertidas en fajas lucientes. En ese continuo movimiento, todos los tonos se transforman y se confunden. Los fondos negruzcos ó color de ladrillo azulean ó verdean por el mar que les cubre; según los aspectos del cielo, cambia hasta el agua misma, y todo ello se mezcla entre los jugueteos de la luz, bajo los regueros de lentejuelas de oro que fingen los últimos reflejos del sol, bajo los trozos de plata que franjean los bordes de las ondas movibles, bajo las rápi-

das sombras y súbitas luces que el ondulamiento hace ir y venir. El dominio visual se renueva y se transforma. El sentido de la visión encuentra otros espacios. En vez de las tintas fuertes, limpias, secas, de los terrenos sólidos, es un reverberamiento, un movilizamiento, un brillar incesante de tintas fundidas, que hacen un segundo cielo también luminoso, pero más diverso, más cambiante, más rico y más intenso que el otro, formado de tonos superpuestos, cuya alianza es una armonía.

Pasaríanse horas enteras mirando esas gradaciones, esos matices, ese esplendor.

¿Es de este ó parecido espectáculo contemplado todos los días; es de esta Naturaleza involuntariamente aceptada como dueña y señora; es de esa imaginación llena á la fuerza por esas exterioridades ondulantes y voluptuosas, de donde proviene el colorido de los venecianos?

21 de Abril

Todo el día en góndola; es necesario, desde luego, ver y caminar á un tiempo mismo.

Esta es la perla de Italia; no he visto nada igual; no sé más que de una ciudad que se le parezca, aunque lejanamente y sólo por sus arquitecturas: Oxford. En toda la casi isla, no hay cosa que pueda compararse á ella. Cuando se recuer-

dan las sucias calles de Roma y Nápoles, cuando se piensa en las calles secas y estrechas de Florencia y Sienna y después se contemplan estos palacios de mármol, estos puentes de mármol, estas iglesias de mármol, esta soberbia ornamentación de columnas, balcones, ventanas, cornisas góticas, moriscas, bizantinas, y la presencia universal del agua movable y brillante, se pregunta la imaginación asombrada por qué no ha venido uno aquí al instante, por qué se han perdido dos meses en las otras ciudades, por qué no se ha empleado todo el tiempo en Venecia. Se forma el proyecto de establecerse aquí; se jura volver; por vez primera se admira, no sólo con el espíritu, sino con el corazón, con los sentidos, con toda la personalidad. Se siente uno muy cerca de la felicidad; créese que la vida es bella y buena. No hay más que abrir los ojos, no hay necesidad de moverse; la góndola avanza con un movimiento apenas perceptible; voy echado y me dejo llevar todo entero, cuerpo y espíritu. Un aire dulce y tibio; sobre el agua del canal vense ondular las formas blancas ó rosadas de los palacios adormecidos en la frescura y el silencio del alba; todo se olvida; proyectos, oficio; se olvida uno de sí mismo; se mira, se recorre, se saborea, como si de una vez, franqueando la vida, bien en el aire, bien debajo del suelo, pudiese verse todo en la luz y en el azur.

El Gran Canal desenvuelve su curva entre dos hileras de palacios que, contruidos cada uno aparte y para dueño diferente, sin querer han reunido su diversidad de formas y estilos para embellecer el conjunto. La mayoría datan de la Edad Media, con ventanas ojivales coronadas de trefles, con balcones tresillados de florones y rosetas, y

la rica fantasía gótica se esparce en su encaje de mármoles, sin caer jamás en la tristeza ni en la fealdad; otros, del Renacimiento, ostentan sus tres hileras superpuestas de columnas antiguas. El pórvido y la serpentina incrustan las puertas de piedras preciosas y pulidas. Muchas fachadas son de color de rosa ó mezcladas de tintas dulces, y sus arabescos parecen las huellas que dejan las olas dibujadas sobre la arena fina. El tiempo ha vestido con su librea gris y uniforme á todas esas viejas formas, y la luz de la mañana ríe deliciosamente en la gran masa de agua que se mueve sin ruido.

Hace el canal un recodo y vese elevar del agua algo como una rica vegetación marina, como un espléndido y extraño coral blanquecino; Santa María de la Salud, con sus cúpulas, sus amontonamientos de esculturas, su frontis cargado de estatuas; más lejos, sobre otra isla, San Jorge el Mayor, todo redondo y erizado como una pomposa concha de nácar. Se mira hacia la izquierda y... he aquí San Marcos, el *campanile*, la plaza, el palacio ducal. Es posible que no haya joya igual en el mundo.

Esto no puede describirse, es preciso ver las estampas iluminadas que lo reproducen; y aun así, ¿qué pueden indicar las estampas? Hay multitud de formas, una acumulación demasiado vasta de obras de arte, demasiada prodigalidad de invención. No puede darse de esto más que una idea seca é incompleta, como si se mostrase un palo desnudo para dar idea de un árbol frondoso. Lo que domina es una fantasía rica y múltiple, la mezclanza formando agradable conjunto, la diversidad y el contraste que hacen la armonía. Imaginense ocho ó diez cofrecillos pre-

ciosos colgados al cuello ó al brazo de una mujer, puestos de acuerdo para realzar su belleza ó su magnificencia.

La admirable plaza, bordeada de pórticos y de palacios, alarga en cuadro su floresta de columnas, sus capiteles corintios, sus estatuas, el orden noble y variado de sus formas clásicas. A su extremidad, medio gótica y medio bizantina, se eleva la basílica con sus cúpulas bulbosas y sus agudos torreones, con sus arcadas festoneadas de figurines, sus pórticos cubiertos de columnitas, sus bóvedas artesonadas de mosaicos, sus pavimentos incrustados de mármoles de colores, sus cúpulas centelleantes de oro; extraño y misterioso santuario, especie de mezquita cristiana donde los haces de luz vacilan entre la rojiza sombra como las alas de un genio en su subterráneo de púrpura y metal. Todo eso hormiguea y polvorea de oro. A veinte pasos, desnudo y recto como un mástil de navío, el gigantesco *campanile* alza hasta el cielo y anuncia de lejos á los viajeros del mar el antiguo reino de Venecia. A sus pies, apoyada contra él, la delicada galería de Sansovino parece una flor, tantas son las estatuas, los bajorrelieves, los bronceos, los mármoles: todo el lujo é inventiva del arte elegante y viviente se proveen para revestirla. Acá y allá, veinte ruinas ilustres forman al aire libre un museo y un recuerdo; columnas cuadrangulares traídas de San Juan de Acre; una cuadriga de caballos de bronce acarreada desde Constantinopla; pilares de bronce á los cuales se prendían los estandartes de la ciudad; dos postes de granito que sostienen en su cima el cocodrilo y el león alado de la República, y ante ellos un ancho muelle de mármol y escaleras en las que se amarra la flotilla negra de las góndolas.

Si se mira hacia el mar no se pretende ya ver otra cosa; vésele en los cuadros de Canaletti, pero solamente á través de un velo. La luz pintada no es la luz real. En torno de las arquitecturas, el agua, aletargada como en un estanque, hace serpentear su cuadrado mágico, sus tonos azulados ó verdosos, su cristal movable y glauco. Las mil diminutas olas lucen y juguetean al impulso de la brisa y sus crestas se coronan de resplandecientes chispas de luz. Al horizonte, hacia el Este, se perciben al final del muelle de los Esclavos mástiles de navíos, cimas de iglesias, la verdura lejana de un gran jardín. Todo eso sale de las aguas; de todas partes se ve á las ondas entrar por los canales, vacilar á lo largo de los muelles, confundirse en el horizonte, plegarse entre las casas, bordear las iglesias. El brillante luminoso, envolvente, penetra y ciñe á Venecia como rodeándola de gloria.

Lo mismo que un diamante único en medio de un taller de composturas, el palacio ducal borra cuanto le rodea. Hoy no quiero describir nada, no quiero más que saborear el placer de verlo. No se ha visto jamás arquitectura semejante; todo es nuevo; siéntese uno arrastrado lejos de lo *establecido*; compréndese que, más allá de las formas clásicas ó góticas que repetimos y que nos están impuestas, hay todo un mundo; que la invención humana no tiene límites; que, semejante á la Naturaleza, ella puede violar todas las reglas y producir una obra perfecta sobre un modelo contrario á todos aquellos en los cuales se dice que debe contenerse.

Con encantadora sorpresa ve aquí la fantasía oriental pararse de lleno sobre la vida, en lugar de ser la vida la que se posesione de la fantasía.

Una columnata de robustos pilares sostiene una segunda más ligera, aérea, calada por ojivas y trifles; y sobre este frágil apoyo se instala un muro macizo de mármol rojo y blanco, cuyas planchas se entrecruzan en dibujos. Encima, una cornisa de pirámides acanaladas, de agujas, de torreones, de festones, recorta el cielo con sus siluetas, y esta vegetación de mármol herizado, esparcido sobre el tono vermejo ó nacarado de las fachadas, hace pensar en los ricos cactus que en las costas de Asia y Africa, donde han nacido, entremezclan sus hojas con la púrpura de sus flores.

Penétrase en el interior del palacio y llénase de formas infinitas la retina. Alrededor de dos cisternas revestidas de bronce esculpido, cuatro fachadas destacan sus arquitecturas y sus estatuas, en las que brilla toda la juventud del primer renacimiento. Nada desnudo ni frío, todo está poblado de figuras y relieves; la pedanteria del crítico y del sabio no ha venido, so pretexto de severidad y de corrección, á restringir la invención viva y el deseo de proporcionar recreo á la vista. Nada es austero en Venecia; nada se aprisiona en las prescripciones ni en las reglas fijas, no se decide nadie á bostezar con admiración ante una fachada de Vitruve; se ve que una obra arquitectónica ocupa y regocija todo el ser del artista; la borda con mil adornos, estatuas y columnas; la hace rica y graciosa. Pónense en ella, además, colosos paganos, Marte y Saturno, y figuras bíblicas, Adán y Eva; los escultores del siglo XV adornan sus cuerpos, un poco delgados y reales; los escultores del siglo XVI han puesto también allí formas agitadas y musculosas. Riccio y Sansovino dejaron los mármoles preciosos de las escaleras, los delicados estucos y los elegantes caprichos de sus

arabescos: armaduras y ramajes, grifos y faunos, fantásticas flores, cabras malignas, toda una profusión de plantas poéticas y de animales retozones y alegres. Se suben estas escaleras de príncipe con una especie de respeto y timidez, avergonzándose del triste vestido negro, que recuerda por contraste las túnicas de seda brochada, las dalmáticas pomposas de larga cola, las tiaras y los brodequines bizantinos, las señoriales magnificencias para las cuales estos caminos de mármol fueron fabricados; y se es recibido al llegar al final de la escalera por un *San Marcos* del Tintoreto, lanzado en el aire como un viejo Saturno; con dos soberbias mujeres, la *Fuerza* y la *Justicia*, acompañadas de un dux que recibe de ellas la espada de mando y de combate. En el rellano que forma la terminación de las gradas ábrense los salones de gobierno y de recibo, tapizados por completo de pinturas; allí Tintoreto, Veronés, Pordenone, Palma el Joven, Ticiano, Bonifacio y veinte más, han cubierto de obras de arte los muros y las bóvedas, de las que Palladio, Aspetti, Scamozzi y Sansovino hicieron los trazados y los adornos.

Todo el genio de la ciudad en su época más hermosa se ha reunido aquí para glorificar la patria, dirigiendo el memorial eterno de sus victorias y la apoteosis de su grandeza. No hay parecido trofeo en el mundo: batallas navales, navíos de proas recurvadas como cuellos de cisne, galeas con gran número de remos, almenas de donde salen lluvias de flechas, estandartes que flotan entre los mástiles, tumultuosa confusión de combatientes que se levantan ó son engullidos por las aguas, muchedumbres ilirianas, sarracenas y griegas, cuerpos desnudos, bronceados por el sol y torcidos por la lucha, túnicas chamarreadas de

oro, armaduras damasquinas, sedas consteladas de perlas; toda la extraña mezcolanza de las pompas lujosas y heroicas que la historia de esta ciudad ha paseado desde Zara á Damietta y desde Padua á los Dardanelos. Acá y allá las grandes desnudeces de las diosas alegóricas; en los triángulos, las Virtudes, de Pordenon, especie de viragos colosales de hercúleo cuerpo, sanguíneas y coléricas. Por todas partes el desenvolvimiento de la fuerza viril, de la energía activa, de la alegría sensual, y para final de esta procesión deslumbrante, el más vasto de los cuadros modernos, un *Paraiso*, del Tintoreto, largo de ochenta pies, alto de veinticuatro, en el cual seiscientas figuras remolinean en una luz rosada, que parece el humo ardiente de un incendio.

El espíritu se encuentra cohibido y como ofuscado; los sentidos desfallecen. Me detengo y cierro los ojos; después, al cabo de un cuarto de hora, escojo; no he visto bien hoy más que un cuadro, *El triunfo de Venecia*, por Pablo Veronés. No es esto solamente una fiesta, es un festín para la vista. En medio de una gran arquitectura de balcones y columnas retorcidas, la blonda Venecia está sobre su trono, resplandeciente de belleza toda ella, con esa carnadura fresca y rosada que es propia de las jóvenes nacidas en climas húmedos, y su túnica de seda cae en majestuosos pliegues bajo su manto también de seda. En torno de ella un círculo de mujeres jóvenes se inclina con gesto altivo y voluptuoso, vestidas con el original atavío veneciano, propio de una diosa que tiene en sus venas sangre cortesana, pero que camina sobre su nube y atrae hacia ella á los hombres, en lugar de caer ante ellos. Sobrén sus vestiduras color violeta pálido, junto á sus mantos de azul y oro,

su carne viviente, su espalda, su torso, se impregnan de luz ó nadan en la penumbra, y la muelle desnudez de sus redondeces acompaña la alegría apacible de sus actitudes y de sus rostros. En medio de ellas, Venecia, fastuosa y dulce sin embargo, parece una reina que no toma de su rango más que el derecho de ser dichosa y que quiere hacer dichosos á los que la miran; sobre su serena cabeza dos ángeles tendidos en el aire depositan una corona.

¡Qué miserable instrumento es la palabra! Un tono de satinada carne, una sombra luminosa sobre una espalda desnuda, un temblor de claridad sobre una seda movable, atraen, retienen, llaman á la mirada durante un cuarto de hora, y no hay más que una frase vaga para expresarlos. ¿Con qué demostrar la armonía de una tela azul sobre una falda amarilla ó de un brazo cuya mitad está en la sombra y la otra parte en el sol? Y no obstante, todo el efecto de la pintura está allá, en el efecto de un tono al lado de otro tono, como el de la música está en una nota al lado de otra nota; el oído goza corporalmente con la música, y la escritura, que llega al espíritu, no alcanza hasta los nervios.

Debajo de ese cielo ideal, detrás de una bañada, hay venecianas con el traje de la época, descotadas en cuadro, con un cuerpo de guardapiés rígido. Es el mundo real, y es tan seductor como el otro. Ellas miran, inclinadas y rientes, y la luz que ilumina en parte sus vestidos y sus rostros cae ó se instala con tan deliciosos contrastes, que se siente uno conmovido por sacudimientos de nervioso placer. En tanto es la frente, en tanto es una delicada oreja, un collar, una perla, que salen de la sombra caliente. Una, en la

flor de la juventud, tiene el palmito más picante que darse pueda. Otra, amplia, de cuarenta años, alza los ojos y sonríe con el mejor humor del mundo. Esta, soberbia, con mangas rojas galoneadas de oro, se detiene, y sus senos hinchan su camisa bajo el corpiño de su túnica. Una niñita rubia y rizada, del brazo de una anciana, alza su manita rosada con el aire más revoltoso, y su rostio fresco y risueño parece un capullo de rosa. No hay una que no esté contenta de vivir y que no sea, no diré solamente alegre, sino graciosa. Y ¡cuán bien estas sedas rizadas, cambiantes, estas perlas blancas y diáfanas resaltan sobre esas tintas transparentes, delicadas como pétalos de flores!

Más abajo todavía, en fin, se agita la multitud febril y vistosa, guerreros, caballos encabritados, grandes togas de severos pliegues, un soldado que toca un clarín encapuchonado de tela chillona, una espalda de hombre desnudo junto á una coraza; y en todos los claros, una muchedumbre compacta de cabezas vivientes y vigorosas; en un rincón, una mujer joven con su hija; todo eso acumulado, dispuesto, dispersado con una comodidad y una riqueza de ingenio incomparables; todo iluminado, como el mar en estío, por los rayos de un sol pródigo. Todo eso sería preciso llevarselo uno consigo para poder dar una idea de Venecia...

Me he hecho llevar al jardín público; después de tal cuadro es preciso ver las cosas de la Naturaleza. El jardín está situado en un terreno llano, al final de la ciudad, frente al Lido. Arbustos verdes forman los paseos; flores amarillas y rojas se abren ya en los parterres; los plátanos lisos, los robles rugosos cuyas cabezas retoñan, todos

se reflejan en el mar luciente. Al Oriente hay una terraza, desde la que se domina el horizonte y las islas lejanas. A la parte de allá, bajo los pies, se ve el mar que hace rodar sus láminas de agua, largas y finas, sobre la rojiza arena; las más deliciosas tintas suaves y confusas de rosas jaspeadas, de violetas pálidas como las túnicas del Veronés, de amarillos de oro purpúreos, intensas y vinosas como las trusas del Ticiano, verdes borrosos, salpicados de azul negruzco, tonos glaucos, cebrados de plata ó salpicados de chispas, ondulan, se apartan, vuelven á juntarse, se confunden bajo las innumerables flechas de fuego que desde arriba vienen á caer sobre ellos á cada puñado de rayos lanzados por el sol. Un cielo inmenso de color azul pálido se deja ver en forma de arco, uno de cuyos extremos se apoya sobre el Lido, y tres ó cuatro nubes inmóviles parecen bancos de nácar.

He ido más lejos, y he terminado mi paseo por el mar. Al fin, se ha levantado el viento y ha llegado la noche. Tintas descoloridas de un gris amarillento y de un verde violáceo, han descendido sobre el agua; ésta cabrillea de un modo ronco é indistinto, y sus olas oscuras dejan en el espíritu un profundo sentimiento de inquietud. El viento es más fuerte, llueve y se retuercen en el cielo las grandes nubes; el resto de incendio que dejó el sol en el horizonte ha desaparecido. De vez en cuando déjase ver la luna por entre los jirones de las nubes; va siguiéndolas, tan pronto casi extinguida como reanimada, alumbrando un minuto el rizamiento de las aguas, turbias ya por la tempestad. Desaparece la redondez de la cúpula celeste; de la tierra al horizonte no hay más que una faja delicadamente eunegrecida; la mar

rumorosa, la bruma vaga, y sobre ellas, los cuerpos opacos de las nubes inquietas ocupan el espacio.

No hay palabras que puedan explicar el color del agua en semejante noche: obscura como un jaspe fundido, pálida á veces, pero bramando con sonidos incesantes, se la adivina casi sin verla, sin que se mezcle nada que varíe este desierto de flotantes formas. Poco á poco los ojos se acostumbran y sienten la presencia de la obscura luz que siempre en ella se refleja. Como un cristal en una cámara secreta y amurallada, como uno de esos espejos mágicos de desconocidas profundidades que describen las leyendas, ella luce obscuramente, misteriosamente, pero siempre luce; en tanto se distingue la punta de una pequeña ola que emerge, en tanto el lomo de una ancha ondulación, en tanto la pared pulida de un fondo tranquilo, en tanto, aún, el estremecimiento de un rayo de luna sobre un remanso, un reflejo perdido, lejano, una súbita ola blanquecina.

Todos esos efectos, aislados y débiles, crecen, se recubren, se mezclan, y he ahí que de aquella gran negrura se desprende una claridad dudosa como la que se desprendería de un metal apercebido en la sombra; una indefinible luz pálida, el lustre inextinguible del agua viva que en vano intenta apagar un cielo muerto.

Dos ó tres veces se ha abierto paso la luna, y su larga carrera vacilante parecía la de una lámpara funeraria encendida entre los paños ondeantes y negros de un catafalco misterioso. En el horizonte, como una procesión de antorchas y féretros situados en una distancia sin límites, aparecía Venecia con sus claridades alegres y las masas oscuras en la noche de sus edificios. Acá

y allá veíase apretarse un grupo de luces como un manojo de cirios rodeando un ataúd.

La barca se acerca; á la izquierda, en un silencio extraordinario, el canal Orfano se ofrece á la vista, desierto é inmóvil; esta calma del agua negra y lustrosa hace penetrar en los nervios placer y horror. El espíritu se hunde involuntariamente en esas frías profundidades. ¡Qué extraña vida la de esta agua muda y nocturna!

Entretanto, los palacios y las iglesias se agrandan y nadan sus siluetas sobre el mar con apariencia de espectros. Descúbrese San Marcos, y su rica arquitectura rasga las tinieblas con sus agujas y sus redondeces sin número; como una mágica fantasía, como la decoración de un palacio aéreo, distínguese la plaza con sus columnas y su torre, entre dos cordones de luces.

Después la barca se interna en callejuelas sospechosas, en las que, de vez en cuando, un farol proyecta sobre el agua su luz vacilante; ni una figura, ni un ruido, salvo el grito del batelero al volver las esquinas; á cada instante la góndola horada la obscuridad en un punto, y luego, lentamente, como una lombriz que se estira, se arrastra á lo largo de las paredes de un palacio, invisible en la sombra, espesa como la de una cueva. Apártase de pronto, y se descubre una linterna aislada que temblotea lúgubrememente en medio de la noche, encendiendo reflejos, parpadeos fugitivos, centelleos rápidos, sobre el viento lívido de las olas. Otras veces, la onda choca contra el escalón rojizo de las gradas de un palacio; distínguense á ratos ventanas agrietadas, murallas leprosas, y alrededor de sí un sinfín de canales entrecruzados, de aguas tortuosas, que quieren hundirse entre las profundidades desconocidas.

Las plazas, las calles

Todo es bello; yo supongo que hay simpatías de temperamento; yo encuentro aquí una de éstas; dadme un gran bosque á orillas de un río ó bien dadme Venecia.

Hasta en las callejuelas, en las más insignificantes plazas, no hay nada que no cause placer á los ojos. Desde el palacio Loredán, donde estoy, hasta San Marcos, se vuelve y se revuelve por calles irregulares y encantadoras tapizadas por establecimientos, mercerías ambulantes, puestos de melones, de legumbres y de naranjas, pobladas de trajes chillones, de figuras picarescas ó sensuales, de una muchedumbre ruidosa y variada. Esas callejuelas son tan estrechas, tan originalmente mezquinas entre sus muros irregulares, que no se percibe sobre las cabezas más que una faja dentellada de cielo. Atraviéanse *piazettas*, algún campo desierto, blanco todo bajo un firmamento de luz blanca. Losas, murallas, cercados, pavimentos, todo es de piedra; en las inmediaciones hay casas cerradas, y largas hileras forman un triángulo ó un cuadrado, con salientes de algunos edificios, según el deseo de extenderse ó el atrevimiento de la construcción; una cisterna delicadamente trabajada ocupa el centro, y leones esculpidos, figulinas desnudas juegan sobre el margen. En un rincón hay alguna iglesia barroca; San Moisés (una fachada jesuítica), los Santos Apóstoles ó San Lucas (una portada cargada de estatuas, toda oscurecida por la humedad del aire salado y por el calor del sol durante muchos

siglos). Un rayo de oblicua claridad divide el edificio en dos partes, y la mitad de las figuras parecen agitarse sobre los frontis ó salir de los nichos, mientras que otras reposan en la transparencia azulada de la sombra. Se va más adelante, y en un largo canal atravesado por un puente, vense góndolas silenciosas que dejan surcos de plata sobre el mármol abigarrado del agua; al final de la cruja un centelleo de oro marca sobre el líquido elemento los rayos del sol de mediodía, haciéndoles cabrillear sobre los flancos atigrados de las alas. El arco cruza el canal de uno á otro lado, y una griseta con mantilla negra levanta su falda para dejar ver sus bajos immaculados, sus finos tobillos, sus zapatos sin tacón. No tiene el aire altivo y duro de las romanas; anda con meneos ondulosos bajo su velo y muestra su nuca de nieve bajo los rizos de sus rojizos cabellos. Amplia, riente y muelle, tiene el aire de un pavón, ó más aún, de una paloma torcaz, que extiende su cola al sol. Me he extraviado, tanto mejor; nada de cicerones: acabo de encontrar mi camino después de avanzar bastante el día, ya cerca de la llegada de las sombras. En todas las iglesias, en todas las esquinas, en todos los caminos donde abordan las góndolas, hay pícaros graciosísimos, verdaderos *lazzaroni*, cuyo oficio consiste en sujetar la barca contra las gradas, llamar al gondolero cuando se acerca algún visitante, gandulear al sol, dormir ó mendigar. Tienden la mano, y al mirarlos obsérvanse sus harapos podridos, sucios, oscurecidos, estucados á fuerza de manchas, á través de los cuales asoman sus carnes tostadas; tienen un bello color borroso y esfumado, y estarían bien en las rinconeras esculpidas ó en un rincón de los muelles vacíos.

Llego á la plaza de San Marcos; el sol se ha ocultado, pero San Jorge, las torres, los edificios de ladrillo son tan rojos como una flor de albérchigo, y á Poniente, un vapor de púrpura, una especie de polvo luminoso, una llamarada de horno cubre el horizonte. Al Oriente, todas las redondeces, todas las agujas salen del mar iluminado, semejantes á las copas y á los candelabros de ágata ó de pórfido; esos arcos y esas crestas cortan con extraordinaria nitidez la gran cuenca celeste, y en la parte baja del cielo va posándose una lejana tinta de esmeralda.

Las guirnaldas de luces comienzan á encenderse bajo las arcadas de los Procuradores. Me siento en el café Florián, en uno de los pequeños gabinetes cubiertos de espejos y de rientes figuras alegóricas; con los ojos medio entornados sigo mentalmente todas las imágenes de la jornada, que se destacan y se transforman como un ensueño; dejo que se deslicen por mi paladar sorbetes perfumados y después caliento mi estómago con un café exquisito, tal como no se puede hallar en Europa; fumo tabaco de Oriente, y veo acercarse á mi ramilletteras vestidas de seda, graciosas, adornadas, que sin decir ni una sola palabra dejan sobre mi mesa lindos ramos de violetas y narcisos. Entretanto la plaza se ha llenado de gente; una muchedumbre negra murmulla y se agita en la sombra rayada de luces; músicos ambulantes cantan ó improvisan conciertos de arpas y violines.

Me levanto, y tras la plaza poblada de sombras movibles, al final de una doble hilera de tiendas iluminadas y vistosas, percibo á San Marcos, con su extraña vegetación oriental, sus bulbos, sus espinas, su filigrana de estatuas, las

crestas ennegrecidas de sus pórticos; todo ello adivinado, más bien que visto, bajo el tembloroso resplandor de dos ó tres lámparas mortecinas...

25 de Abril

La antigua Venecia, San Marcos

Lo que es propio y particular de Venecia, lo que hace de ella una ciudad única, es que, sola en Europa, después de la caída del imperio romano, permaneció libre y ha continuado sin interrupción el régimen, las costumbres, el espíritu de las antiguas repúblicas. Imaginaos á Cyrena, Utica, Corcyra, alguna colonia griega ó púnica escapada por milagro á la invasión y al renovamiento universal y prolongando hasta la Revolución francesa la antigua marcha de la humanidad. La historia de Venecia es tan admirable como Venecia misma.

Es en efecto una colonia, una colonia de Padua que se ha salvado, en un lugar inaccesible, de Alarico y de Atila, como en otro tiempo Focea fué transportada á Marsella para huir de grandes devastadores semejantes á aquéllos, y llamados Ciro ó Darío. Como las colonias griegas, conserva desde un principio el lazo que la une á la metrópoli. En 421, Padua ordena la construcción de una ciudad en Rialto, envía cónsules y construye

una iglesia. La hija se engrandeció bajo la protección de la madre, y después separóse de ella. A partir de este momento, y durante trece siglos, ningún bárbaro, ningún rey germánico puso mano sobre ella. No fué comprendida en la gran regimentación feudal; el hijo de Carlomagno zozobró ante sus lagunas; los emperadores francos ó alemanes reconocieron que no dependía de ellos, sino de Constantinopla. Y esa dependencia, que no fué más que nominal, desapareció al instante. Entre los guerreros dorados de Bizancio y los guerreros acorazados de Aix-la-Chapelle, contra los grandes barcos de los griegos degenerados y la pesada caballería germánica, sus pantanos, su destreza y su bravura la mantuvieron libre y latina. Sus antiguos historiadores comienzan sus anales alabándose de ser romanos, más romanos que los de Roma, tantas veces conquistados y contaminados de sangre extranjera. En efecto, Venecia se retiró á tiempo de la podredumbre imperial para revivir, á la manera laboriosa y militante de las ciudades antiguas, en un rincón abrigado adonde el desbordamiento de las brutalidades feudales no podía alcanzar. En ella no languidieron los hombres bajo las túnicas de seda bizantina, ni se endurecieron bajo las cotas de malla germánicas. En vez de convertirse en un escriba dirigido por un eunuco de palacio, ó de hacerse soldado á las órdenes de un barón feudal, el veneciano trabaja, navega, edifica, delibera y vota como en los pasados tiempos lo hicieron atenienses ó corintios, sin otro dueño que él mismo, entre sus conciudadanos iguales á él. Desde el principio, y por espacio de dos siglos y medio, cada islote nombraba un tribuno, especie de alcalde renovable todos los años y responsable

ante la asamblea general de todas las islas. Los primeros cronistas refieren que los alimentos y las habitaciones de todas las islas eran iguales. En el siglo VI, Casiodoro dice que «entre ellos el pobre es igual al rico; que sus casas son semejantes, que entre ellos no hay diferencias ni envidias». Vese aquí reaparecer una imagen de los sobrios y activos demócratas griegos. Cuando en 697 se nombraron un dux, su libertad se hizo más tormentosa. Hay disputas entre las familias y golpes de mano en las asambleas. Si el dux quiere convertirse en tirano ó perpetuar su dignidad en su familia, se le arroja de la ciudad, se le hace monje ó se le sacan los ojos; otras veces es asesinado, según la costumbre de las antiguas naciones. En 1172, de cincuenta dux, diez y nueve habían sido muertos, desterrados, mutilados ó deportados. La ciudad tenía su dios local, especie de Júpiter Capitolino ó de Ateneas Poliada; primero fué San Teodoro con su cocodrilo, después San Marcos con su león alado, y el cuerpo del apóstol, transportado astutamente desde Alejandría, protege y santifica el suelo de la patria, como Edipo, enterrado en Colonia, santificaba y protegía el suelo ateniense. El espíritu público es tan fuerte como en tiempo de Milciades y de Cimón. Ursulo I fundó un hospital á sus expensas, reconstruyó el palacio y la iglesia de San Marcos con su propio tesoro. Su hijo Ursulo II dejó los dos tercios de fortuna al Estado, y el resto á su familia.

He ahí, pues, una segunda época del antiguo olivo, verde y joven, en medio del invierno feudal. Por la forma del Estado y por los límites de su religión, por sus sentimientos y costumbres, por sus peligros y empresas audaces, por los agujero-

nes que le impulsan y por las concepciones atrevidas que le guían, hállase aquí el hombre lanzado por segunda vez en la carrera que las otras sociedades humanas habían abandonado para siempre.

No podemos comprender hoy la fuerza con que corrían por ese camino cerrado. No podemos darnos cuenta de las energías que desarrollaban las limitadas asociaciones. Estamos perdidos en su Estado demasiado grande. No imaginamos las incesantes provocaciones al valor y á la iniciativa con que podía contar la sociedad, reducida á una sola población. No suponemos los resortes de invención, los alardes de patriotismo, los tesoros de ingenio, la maravilla de los sacrificios, el magnífico descubrimiento del poder y de la generosidad humanas á que el individuo puede alcanzar cuando se agita en un círculo proporcionado á su acción y á sus facultades. ¿Hay algo más raro hoy día que, siendo ciudadano, sentir el pertenecer á la patria? Es preciso para amarla que se halle en peligro, y eso sucede cada siglo una vez. De ordinario no la vemos; no es para nosotros más que un ser abstracto; no nos interesamos por ella más que por medio de un ligero razonamiento del cerebro. La sentimos solamente como un mecanismo complicado que nos oprime y nos engasta, pero que, en suma, es duradero y no se destempla. Un rodar más debilitado, un entorpecimiento, por grave que sea, hará bajar un poco la renta, y eso es todo. Nuestra vida y la de nuestros parientes, no se verán comprometidas; hallaremos siempre en la calle á los gendarmes para que nos defiendan; nuestros asuntos no sufrirán quebranto y nuestros placeres no se resentirán en nada. Desde que la vida privada se ha

separado de la vida pública, el Estado, transportado á las manos del gobierno, no parece cosa del individuo. Por el contrario, en esta época lo que daña á la comunidad hiere en lo vivo al particular; los negocios de la nación son nuestros propios negocios. Cuando los húngaros llegaron ante Venecia, no es necesario excitar al veneciano para que corra al paso de Malamocco; deja en casa sus hijos y su mujer; maneja él mismo su barca como hoy manejamos nosotros las bombas cuando se grita ¡fuego! á dos pasos de nuestra casa. Ciento sesenta años de guerra contra los piratas de la Dalmacia no son producto de una razón de Estado, de un cálculo de gabinete, de un sistema elaborado por una docena de políticos de bordados ropajes, como nuestras expediciones de África. Cuando más tarde la ciudad haya rodeado el Mediterráneo con sus colonias, la misma situación mantendrá el mismo patriotismo. Los Navagieri, duques de Lemnos, los Sanudo, príncipes de Naxos y de Paros, las quinientas treinta y siete familias de caballeros y de infantes que han recibido en feudo el tercio de Creta, saben que de la salud pública depende su salud. Una derrota de Venecia les acarrearía la invasión, el incendio, las mutilaciones, el palo. Cuando la Grecia, el Egipto, la Génova, presentaban sus flotas; cuando el alemán, el turco ó el dalmata movían sus ejércitos, el veneciano de menor categoría, comerciante, calafate ó marinero, sabe que su comercio, su salario y hasta sus miembros están en peligro. Por esta constante comunidad de intereses han adquirido la costumbre de obrar en corporación, de sentirse comprendidos en la entidad patria, creerse heridos é insultados en ella y por ella; de admirarla, desdeñar á las otras y admirarse á sí

mismos como soldados de un noble ejército inteligente y conquistador que marcha con San Marcos, el favorito de Dios, por general. Realzado de este modo, el hombre es fuerte; como se siente grande, hace grandes cosas; la generosidad dobla el poder del resorte que el interés personal había ya tendido. Que se considere la vida de una población moderna, Ruen ó Tolosa, sencilla reunión de hombres donde cada uno, bajo una tranquila política, vegeta aislado, no cuidándose más que de sí, ocupado lánguidamente en enriquecerse ó divertirse, más dispuesto á comprimirse que á expansionarse; considérese la vida emprendedora de una ciudad libre como la antigua Atenas ó la vieja Roma, como Génova y Pisa en la Edad Media, como esta Venecia, una población de vendedores de pescado situada sobre el cieno, sin tierra, sin agua, sin piedras, sin madera, que conquista las costas de su golfo, Constantinopla, el archipiélago, el Peloponeso y Chipre; que ahoga siete revueltas en Zara y seis en Creta; que desafía á los dálmatas, á los bizantinos, á los súbditos del Cairo y á los reyes de Hungría; que lanza en el Bósforo flotas de quinientas velas, arma escuadras de doscientas galeras, hace navegar á la vez tres mil buques; que cada año por cuatro flotas de galeones unia Trebisonda, Alejandría, Túnez, Tánger, Londres y Lisboa; que, en fin, inventando una industria, una arquitectura, una pintura y costumbres nuevas y originales, se transforma á sí misma en una magnífica joya de arte, en tanto que sus soldados y sus barcos, en Morea y en Creta, defienden la Europa contra las últimas invasiones de los bárbaros. Por este contraste entre su actividad y nuestra inercia, se comprenderá lo que la sociedad puede conseguir del individuo, á

lo que el individuo puede atreverse y crear cuando el Estado le hace soberano y patriota; lo que el antiguo régimen municipal, que hemos apartado y que Venecia vuelve á renovar, desarrollando el valor y el genio, dirigiendo y atando en un sólo haz las facultades que dejamos aislarse y estacionarse en nuestros Estados demasiado grandes.

Cuando una sociedad adquiere ese resultado por sí misma, tiene vida y gusto propios; la vida espontánea produce creaciones originales, y la invención entra en el campo de la inteligencia después de haber fecundado el de la acción.

Una sola cosa es necesaria al hombre, el respeto al manantial vivo que lleva en sí; que cada uno de nosotros preserve el suyo; que impida que sea enturbiado y seco; que le haga circular; lo demás, obras, gloria, poder, vendrá detrás y con creces. Esos venecianos fueron á Constantinopla y de allí trajeron para su iglesia las formas redondeadas, los arcos cimbrados, las cúpulas globulosas en las que se complacía la arquitectura bizantina; pero los transforman y los repiten sobre su suelo, y la iglesia de San Marcos difiere tanto de Santa Sofía como una joven nación ingenua que inventa y conquista difiere de un imperio viejo, grandioso y acompasado. Los arquitectos critican ese estilo y á cada paso son violadas las reglas y mezcladas las distintas arquitecturas. No han sabido, ó acaso no se han atrevido, sobre este movedizo terreno, á copiar la enorme cúpula de Santa Sofía, pero su redondez agradaba, y en vez de hacer una grande se hicieron cinco pequeñas; después, en el interior, se las ha levantado en forma de bulbo, con flechas y curvaturas extrañas. Es que por todas partes se abría paso la fantasía exuberante; desde el peristilo se la ve desbordar-

se. Los pórticos han cubierto sus cimbríos antiguos con un más ancho revestimiento, que termina en agujas góticas su guirnalda de estatuillas. Finos campanarios han venido á colocarse sobre los contrafuertes. Quinientas columnitas de pórfido, de verde antiguo, de serpentina, han sobrepuesto sobre las fachadas sus formas incoherentes, sus cabezas clásicas ó bárbaras, la confusión magnífica de sus mármoles multicolores, postes sarracenos lucen su enrejado de finas herraduras entre originales capiteles, en los cuales pájaros, leones, follajes, raíces, espinas, cruces, entremezclan sus groseros ó fantásticos dibujos. Sobre la bóveda, innumerables mosaicos destacan cuerpos reales y rígidos de Evas cenceñas con los pechos colgando, de Adanes flacos que no son otra cosa que obreros desnudos; veinte escenas bíblicas de una indecencia tan candorosa y de una torpeza tan infantil como las estampas iluminadas de los más antiguos misales. Se reconoce al hombre de la Edad Media, quien, sobre un fondo clásico traído de otra parte, borda una gótica y original decoración que, refinada y confundida por el cristianismo, gusta no ya de lo sencillo y único, sino de lo complejo y múltiple; que necesita llenar el campo de su visión por la salida y el entrelazamiento de las formas prodigadas; por la novedad, el lujo y la más rebuscada y caprichosa ornamentación que, haciéndose imaginativa tanto como sensible, pide para recreo de los ojos el hormigueo ilimitado de las populosas superficies y el brusco florecimiento de la imprevisa irregularidad; que, en fin, paseándose, gracias á su poder marítimo, por las basílicas bizantinas y las mezquitas mahometanas, amontona los mármoles, los bronces, los reflejos de la púrpura y los cente-

lleos del oro para expresar en su cristianismo la poesía fastuosa y arreglar aquellas ideas que los espectáculos ofrecidos en Oriente le han imbuído.

Hoy es la fiesta de San Marcos: las mujeres, las jóvenes con velo negro, con chales violeta y largas faldas ondeantes; toda una muchedumbre variada y movable murmulla bajo los arcos y ondula en la iglesia. Ellas se arrodillan sobre las losas, tocan con la mano los pies de un Cristo de bronce y se santiguan; otras balbucean plegarias y depositan una moneda en la caja que pasea un muchacho, diciendo «para los pobres muertos». Desfila una procesión de prelados y se distinguen por entre los pilares las mitras doradas ó blancas, las capas adamascadas y brilladoras. Déjase oír un canto raro y hermosísimo, compuesto de voces muy altas y de otras muy graves, especie de melopea monótona que acaso haya venido de Bizancio. Los músicos están ocultos; no se sabe de dónde sale esta rara melopea que flota y sube por el aire rojizo y sombrío como una voz incorpórea en la cueva resplandeciente de una hada ó de un genio.

Nada puede compararse, por su magnificencia y su extrañeza, á este espectáculo, y eso que acabo de ver la plaza de San Marcos, tan bella y graciosa con sus elegantes columnatas, el rico azul de su cielo, la viva luz diseminada en el espacio. Adelanto por una suave pendiente, y mis ojos se encuentran sumidos de pronto en la púrpura tenebrosa de un pequeño santuario, de forma desconocida, llena de cambiantes y amortiguados reflejos, sobrecargado y guardado como la cámara baja, en la cual un israelita ó un páchá conserva sus tesoros. Dos colores, los más fuertes de todos, le revisten del suelo hasta la cúpula; uno es el del

mármol vetado de rojo que luce en las columnas, que artesona las paredes y se encuentra hasta en el pavimento; el otro es del oro que tapiza las cúpulas, incrusta los mosaicos, y por sus millones de escamas doradas acrecienta la luz. Rojo sobre oro, y en la sombra; no es posible describir un tono semejante. El tiempo lo ha fundido y oscurecido; sobre el pavimento de mármol, ya resquebrajado, las labradas redondeces de las cúpulas centellean con una leonada claridad; no se nota en nada el día, salvo el que crean algunos pequeños faroles redondos. Innumerables formas, pilares cubiertos de esculturas y de figuras bárbaras, se dejan ver entre las espirales de humo de incienso, donde flotan en átomos luminosos los contrastes de la noche y el día. No es posible explicar este efecto producido por la luz aprisionada y parpádeante en la sombra. Tal capilla, á la derecha, es negra como un subterráneo; un resto de claridad vacila sobre las curvaturas de los arcos. Solamente tres lámparas de cobre sobresalen en esta obscuridad indecisa. Detiéndose la vista sobre ellas y siguese con los ojos la cadena de que penden, estrellando la noche con sus chispas de oro, para perderse en no sé qué extrañas profundidades. Al verlas descender así, tomaríaselas por corolas misteriosas de una flor mágica.

En los arquitectos de los siglos X y XII, existía un sentimiento que les era peculiar y único. Que hayan imitado á los bizantinos ó á los árabes, poco importa; ese San Marcos que trajeron de Alejandria, este apóstol sirio, cuyo cielo y cuya patria habían visto, llenaba su imaginación de una poesía desconocida por los bárbaros del Norte. No es la tristeza lo que quieren expresar; no

es la enormidad lo que persiguen; hay un cierto fondo de alegría meridional en sus fantasías, en el cálido color de que impregnan su iglesia, en ese revestimiento universal de mosaicos lucientes, en esta marquetería de mármol, en esas galerías esculpidas, en esos coros, en esos balcones, en esas ricas puertas árabes ó góticas, rodeadas cada una de un cordón de apóstoles. Ante esta fiesta, que parece una visión, los disparates concuerdan y las torpezas no son sentidas. En torno del altar mayor, las cuatro columnas que sostienen el dosel desaparecen bajo una profusión de figuras que desde la base al capitel, cada una en su nicho, revisten todo el cuerpo de la columna. Si se las examina una á una, son bárbaras; llama la atención la impotencia y los tanteos que se indican en ella. Las manos de estas figuras son desproporcionadas; las cabezas son á veces grandes como la tercera ó cuarta parte del cuerpo; casi todas son vulgares y en ocasiones groseras y estúpidas; el escultor es un fraile patán que copia á los patanes paisanos suyos; su mano, sin saberlo, sin sospecharlo, tiende á caricaturizar; tal santa es una grotesca muñeca de infladas mejillas, una hidrocéfala ética; otras son monstruos informes, no viables, como las singularidades que se conservan en los museos anatómicos. Y sin embargo, á seis pasos de allí, el efecto total es admirable; siéntese uno poseído por la superabundancia de aquella multitud indistinta, oscura, que se ofrece en fila bajo un capitel de hojarasca de oro y ondula vagamente entre la claridad temblorosa de las lámparas. El artista de la Edad Media, incapaz de sentir el individuo, siente las masas y el conjunto; no comprende, como el antiguo griego, la perfección de la persona aislada, del

dios, del héroe que se basta á sí mismo; sale de este bello y limitado círculo; lo que ve es el pueblo, la multitud humana, la pobre especie toda entera, humillada como un hormiguero formidable delante del Supremo Dominador. Se deja sus llagas, sus deformidades, su ruindad, y algunas veces las exagera aún más; pero el desvarío intenso y sublime, la alegría mezclada con la angustia, todo lo que es palpitación y aspiración de las almas, la entiende y la expresa; y si no vemos en sus obras el cuerpo sano y viril del hombre completo é independiente, distinguimos la íntima emoción de las muchedumbres y la religión apasionada del corazón.

He ahí lo que anima esos mosaicos tan rígidos de que están cubiertas las bóvedas, las murallas, los más pequeños ángulos. Adviértese sobradamente que han hecho venir los obreros de Constantinopla; por todas partes la simplicidad del arte antiguo y la insuficiencia del naciente arte han multiplicado los maniques, cuyos ojos de esmalte no tienen miradas. Una *Virgen*, sobre la puerta de entrada, no tiene cuerpo, es un esqueleto envuelto en un manto. Un *Cristo* que hay sobre el altar, en la capilla de la fuente bautismal, no tiene fuerza humana; creérase que se le ha despanzurrado y vaciado cuanto tenía dentro; sólo queda de él una piel floja rellena de no sé qué broza blanduzca. Una *Herodiades* vestida de rojo y coronada de estrellas de oro, deja ver al final de sus mangas de armiño las falanges de sus manos, que parecen las de una física. Es preciso ver los extraordinarios pies de los ángeles, los grandes ojos hundidos de los santos, el aire absorto, agobiado, inerte, de todos los personajes. Y no obstante, por miserables que sean las figuras, el

pueblo naciente, que se ve obligado á compararlas con el pueblo antiguo, hace de ellas un conjunto armonioso y bello. La obra hierática y llana entra como un fragmento en la obra inspirada y sincera. A esta distancia, y con semejante profusión, dejan de verse las formas mecánicas ó enflaquecidas; no se contempla más que las cabezas de una muchedumbre. Los ojos se sienten atraídos por una asamblea de santos; por la historia infinita del cielo legendario, se olvida el detalle. Veían un reino y no se cuidaban de contar ó criticar á los habitantes. La Venecia antigua, heroica y piadosa, lo ha hecho; he ahí por qué durante dos siglos ha prodigado sus riquezas, su trabajo y sus conquistas. Ese es el mundo ideal que su fe entreveía, tan vivo para ella, tan poblado como el mundo real; estos son sus patronos, sus patriarcas, sus ángeles, la virgen que contemplaban á través de estas figuras vivificadas por la luz purpúrea y por el oro rutilante de las cúpulas.

26 de Abril

San Juan y San Pablo, los Frari

La góndola atraviesa por las desiertas callejuelas de la parte Norte. Los reflejos del agua tembletean en el arco redondo de los puentes, como una gran tela de seda rameada de rosa,

blanco y verde obscuro. Salgo de la ciudad: es mediodía y el cielo tiene una ardiente palidez. Frente á mí distingo una isla rodeada de murallas; es el cementerio, que rasga la inflamada blancura del espacio con su blancura aun mayor; más lejos, dos ó tres velas corren por los canales; en el horizonte, la cadena vaporosa de las montañas eleva hacia el cielo sus cimas cubiertas de nieve. La dentellada proa de mi góndola sale del agua como un extraño pez que navegase azotando el agua con la cola, y su negra silueta camina hacia adelante entre los innumerables estremecimientos de las pequeñas olas doradas que se agitan silenciosamente.

En una plaza desierta elévase la estatua ecuestre de Colleoni; es la segunda que se fundió en Italia, verdadero retrato, como el de Gattamelata en Padua; retrato fidelísimo de un *condottieri* á caballo sobre un hermoso corcel de batalla; el jinete tiene puesta la coraza, las piernas muy separadas y el busto demasiado corto; es la suya la ruda fisonomía de un militarote que manda y grita, falto de hermosura, pero lleno de viveza y energía. Enfrente de este monumento está San Juan y San Pablo, iglesia gótica, de un gótico italiano lleno de gracia; los pilares redondos, los arcos anchos y bien vaciados, las vidrieras blancas casi todas, apartan del espíritu las ideas místicas y fúnebres que sugieren todas las catedrales del Norte. Como el Campo Santo de Pisa, como la Santa Cruz de Florencia, la iglesia está llena de sepulcros; entre éstos destácase el de los Frari, que es el verdadero mausoleo de la República. La mayor parte son de fines del siglo XV ó de los primeros años del XVI, la época esplendente de la ciudad, aquella en que los grandes hombres y